

Una experiencia de vida, una dicha compartida

Alma Carolina Ríos Castillo

Maestra Carolina Rios en una de sus experiencias como docente.



Fuente: Foto cortesía de Mario Gámez G. (noviembre de 2017).

Alma Carolina Ríos Castillo es catedrática en la Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R. de la ciudad de Chihuahua. Doctora en Educación por la Universidad de Durango. Es egresada del Centro de Actualización del Magisterio como licenciada en Docencia y de la Universidad Autónoma de Chihuahua en la carrera de Derecho. Desde hace 15 años es jefa de Enseñanza de Secundarias Técnicas. Directora de la Universidad Tecnológica de Chihuahua Bilingüe, Internacional y Sustentable (UTCH BIS) y diseñadora de cursos para el programa Carrera Magisterial y de reactivos en el Centro Nacional de Evaluación de la Educación Superior (Ceneval). Consejera universitaria de la UACH y quinto lugar en el Examen Nacional de Promoción para Supervisores del Servicio Profesional Docente. Correo electrónico: alma.car066@hotmail.com.

Resumen

Este escrito refleja de manera sencilla, pero muy descriptiva, un panorama cronológico de mi paso por la vida magisterial, de la intensidad de las emociones vividas y de la búsqueda constante por descubrir quién era y quién quería ser. Asimismo, entrelaza las anécdotas familiares, sentimentales, laborales, sindicales, sociales, políticas y más, desde aquella infancia hasta mi madurez. Establezco un diálogo con los autores que teóricamente dan una explicación a mi narración, ya que el propósito y tema de este trabajo es la reflexión sobre mi práctica docente, sobre mi desarrollo profesional y sobre esos sucesos relevantes que determinaron mis decisiones y formaron mi identidad docente. Entre los autores consultados destacan: Guzmán (2009), Schön (1992), Connelly y Clandinin (1988), Gimeno (1991) y Trejo (2014), entre otros. Por demás difícil y arduo es recordar las situaciones tal como se presentaron, ya que el cerebro pasa por tener un episodio en la memoria perceptiva a tenerlo en la memoria semántica, emocional y episódica, lo cual implica darle significado al suceso a la luz de la madurez y herramientas de análisis adquiridas a lo largo de la vida. Sin embargo, esta actividad integradora logra en mí una gran satisfacción y alegría, ya que con esta remembranza reconozco que cada persona, cada lugar, cada momento realmente dio pauta a formarme como la docente que soy.

Palabras clave: DESARROLLO PROFESIONAL DOCENTE, FORMACIÓN DOCENTE, REFLEXIÓN SOBRE LA PRÁCTICA, IDENTIDAD.

Introducción

En 1981, a luz de una bella mañana de verano, un verde resplandeciente en los árboles, un vaivén suave del viento en el rostro y una alegría en el alma, una de mis ocho hermanas –María Eugenia– me pedía con entusiasmo que les impartiera clase de inglés a mis pequeños sobrinos, sus hijos: Miguel, Ramsés, Amenofis e Itzel. Me pareció muy interesante la propuesta y hoy considero que ese pequeño suceso fue el inicio de todo. Jamás imaginé que a partir de ahí trascurrirían hasta hoy 36 años interrumpidos impartiendo clases con un goce que me llena de vitalidad.

¿Cómo fue mi proceso de formación como docente? ¿Qué sucesos impulsaron mi desarrollo profesional? ¿Por qué decidí ser maestra? ¿Qué campo del conocimiento me apasionó más? ¿Cómo y cuándo construí mi identidad

docente? Interesantes planteamientos que intentaré contestar en este trabajo, en el cual daré cuenta de las reflexiones a lo largo de mi vida profesional, de las motivaciones, ilusiones y desalientos que marcaron la construcción de mi profesionalidad como docente.

¿Con que finalidad hago este trabajo? Con la firme esperanza de compartir con mis alumnos de maestría y con los demás lectores lo trascendente que es reflexionar sobre la propia práctica docente, que vean una gran posibilidad de crecimiento profesional al saber qué se hace, por qué se hace y en qué se piensa cuando se lleva a la práctica la profesión. Si lo que hacemos nos describe, lo que pensamos nos forma, lo que expresamos, ¿en qué posición nos ubica? Al respecto, Gimeno (1991, p. 253) comenta: “Las tareas expresan el estilo de los profesores y articulan sus competencias profesionales, estas tareas se dan en un modelo de organización, implican una estructura de socialización”.

Mi nombre es Alma Carolina Ríos Castillo, madre de una hermosa hija. Nací en 1966 en la ciudad de Chihuahua, Chihuahua. Soy hija de don José A. Ríos (q.e.p.d.) y Eugenia Castillo Márquez de Ríos. Mi padre fue un destacado técnico dental, de los primeros en Chihuahua en trabajar directo con el paciente, y mi madre una excelente maestra egresada del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y fundadora del Centro de Educación Artística (CEDART) de Chihuahua. Tengo 11 hermanos, 7 mujeres y 4 hombres, y soy la menor. Curse mi educación preescolar en el Jardín de Niños del Parque Lerdo, mi primaria en la Escuela Primero de Mayo 2534, ubicada en la calle Independencia y Jiménez. Los maestros que más recuerdo de primaria son Lupita de primer año y el profesor Caraveo de quinto, a quienes admiré y adoré en mi infancia.

Estudí en la Escuela Secundaria Estatal No. 8, una época de adolescencia en la que acompañaba a mi madre a dar sus maravillosas clases de arte, estar en los salones y ver su cariño por sus alumnos. Su excelencia en puntualidad y asistencia me motivó desde aquel entonces a seguir su ejemplo.

El reto de hacer lo correcto frente a mis pequeños alumnos

Inicié a los 15 años a dar clases a mis sobrinos y después a los niños de la Escuela de Idiomas San Felipe en mi ciudad natal. Me pregunté, ¿cómo debo prepararme para ellos? Son tan pequeñitos y tan inocentes; sus rostros reflejaban entusiasmo, alegría y una extrema confianza en lo que les decía. El compromiso era enorme y fue entonces cuando decidí iniciar mi preparación en la docencia y me inscribí en el Curso de Nivelación Pedagógica 1982-1984. Fueron tres interesantes e intensos veranos en lo que tomé clases en la Escuela Secundaria Técnica No. 2 (ETIC 100).

Tuve maestros extraordinarios; recuerdo al profesor Alderete en la materia de Recursos Didácticos. Vaya que aprendí una gama de opciones. “Lo importante es innovar”, nos decía. Por su parte, el profesor Amaro, a quien volví a ver en una jornada del Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (Ceneval) en la Ciudad de México 20 años después, nos dio Políticas Educativas; él me enseñó que hay que estudiar el contenido de las políticas educativas, descifrarlas y luego contextualizarlas.

También recuerdo a la Dra. Olga Ponce, quien sembrara en mí el gran interés por la psicología educativa, y no se diga del gran filósofo el maestro Francisco Flores, quien nos ilustrara con reflexiones profundas que han sido válidas a través del tiempo.

En la clase de Psicología aprendí a los 17 años que existen dos tipos de motivación y dos de control: la motivación intrínseca y la extrínseca, el control externo y el interno. Estas cuatro premisas me formaron un criterio respecto a las respuestas que le daría a mi vida y a las razones por las que tomaría mis decisiones.

Un ejemplo fue que no podría responsabilizar a algo o alguien –al 100%– de los resultados y consecuencias de mis acciones, ya que siempre existe una parte de la situación que está bajo mi control interno; aun cuando externamente se presenten factores influyentes, al final la decisión la toma y ejecuta uno mismo. Esto me permitió avanzar en mi vida profesional, haciéndome cargo de lo que está bajo mi control y no escudarme en los factores externos.

Al respecto, la idea de Freire (2012) es que al entrar al salón el alumno re- danza, re- pinta el mundo a nuestro ritmo. Ese pequeño espacio de intervención pedagógica es único y nosotros –los docentes– lo diseñamos, construimos y evaluamos, a pesar de los múltiples factores externos adversos.

Con el maestro Flores aprendí a los 18 años que todo ser humano necesita dar explicación a las cosas, que la ambigüedad es la mayor de las angustias, que el mito y las explicaciones de la realidad le dan una certeza y serenidad a la humanidad, no importa que tan cierta, comprobable o real sea la explicación. Estos docentes dejaron huella en mi formación profesional y era solo el comienzo.

Al terminar mis estudios en el Colegio de Bachilleres No. 2, ubicado al sur de la ciudad, había que decidir qué carrera cursar. Era una decisión de vida y para aquel entonces había terminado mis estudios de inglés y pertenecía a la Asociación de Maestros de Inglés Mextesol. Para mí era apremiante y fascinante continuar mi preparación en la docencia, ya que a partir de 1984 –por un lado– había ingresado a dar clases en la Escuela Secundaria Técnica No. 40 en Taba la opa, y por otro incursionaba en mi otra gran pasión, que es el estudio del derecho.

Para finales de 1989 había terminado las dos carreras. Un cúmulo invaluable de enseñanzas de mis destacados maestros del Centro de Actualización del Magisterio (CAM): la maestra Conchita Franco, el profesor Carlitos Armendáriz y Hernández Triana. En la Facultad de Derecho los licenciados Acosta Muñoz, Villalobos Olvera, Rivera Soto, Del Rosal y Cecilia Wong, entre muchos más a quien les reitero mi agradecimiento y admiración.

Una situación personal y emocional que viví al llegar a mis veinte años fue que percibía que todos a mi alrededor dominaban ya su práctica docente, lo que me representó un gran reto. Mi cotidianidad profesional se encaminó a aprender de ellos, enriquecerme de su conocimiento. Debo reconocer que construí muchos de mis significados a partir de los de ellos, en un tiempo y espacio conjunto. Connelly y Clandinin (1988, pp. 134-148) comentan al respecto que el “conocimiento es privado, pero no necesita permanecer así. Es un conocimiento que puede ser descubierto en las acciones de la personas y bajo algunas circunstancias por el discurso o la conversación”.

Ingresar al sistema educativo implicó un estudio más allá de planes y programas; era vivir una reflexión y cuestionamiento constante de las prácticas diarias en los ámbitos y niveles de concreción de la gestión: la pedagógica, la escolar y la institucional. Aun cuando no alcanzaba a aplicar las bases teóricas aprendidas en la licenciatura para realizar tales reflexiones y conexiones a plenitud, algo en mí daba explicación a los hechos en los que estaba inmersa. Recuerdo que tuve la fortuna de contar con compañeros estudiosos de la educación, que compartían sus conocimientos y fueron allanando el camino hacia la consolidación de lo que yo llamaba “la responsabilidad de ser docente dentro del todo”.

En aquel entonces la vida sindical era intensa dentro de las escuelas; existían debates fuertes sobre las cuestiones del sindicalismo y grupos definidos con posturas antagónicas sobre el tema. Aprendí a escuchar, respetar, y con el tiempo a opinar.

Empieza la fascinante tarea de enseñar formación cívica y ética

Una de las situaciones que he venido describiendo a lo largo de este trabajo es mi inquietud por prepararme para hacer bien mi labor; sin embargo, no siempre el entorno brindaba dicha capacitación o apoyo. Ya avanzado el año 2000, durante una bella primavera recibí la alentadora instrucción por parte del jefe del Departamento de Secundarias Técnicas profesor Pedro Rivera, de incorporarme al Departamento de Investigación Educativa de los Servicios Educativos del Estado de Chihuahua (SEECH) y con este suceso trascenden-

tal en mi vida empieza una serie de encuentros con más de quince colectivos escolares distribuidos por el estado. Viajé a Guadalupe y Calvo, Juárez, Guachochi, Bocoyna, Jiménez, Delicias, Meoqui, La Junta, Parral, Palomas, Madera, Camargo, Cuauhtémoc y Chihuahua. Mi labor se realizaba en el área de Gestión Escolar, el diseño e impartición de cursos de socioafectividad, educación en valores y para la paz.

En este departamento mi desarrollo profesional se acrecentó al poder convivir con personajes que admiro en el ramo de la asignatura de formación cívica y ética. Trabajé con la Dra. Silvia Conde, asesora del Instituto Federal Electoral (IFE) –hoy Nacional– y autora de los mejores libros de texto de la asignatura en referencia. Fue una grata experiencia que me hizo reflexionar sobre cómo existen profesionales de la educación que se asumen responsables de escribir sus experiencias, de producir libros de texto, de escribir sobre metodología de la enseñanza, de educación moral, de democracia y propiciar posicionamientos teóricos dignos de ser asumidos en nuestra práctica docente.

Es hasta las reformas del 1993, 2006 y 2011 que empezó una cruzada interesante de capacitaciones por parte de la Secretaría de Educación Pública (SEP), más completas las dos primeras que la última. Mi profesionalización giró en torno a las academias con los jefes de Enseñanza de Secundarias Técnicas, los cursos de Carrera Magisterial, los congresos de educación y la gran fortuna de conocer y trabajar con importantes personajes como el maestro Juventino González, quien me enseñó a hacer diseños curriculares. El primer diseño que hicimos conjuntamente fue “Estrategias didácticas para la formación cívica y ética”, el cual fue dictaminado por la SEP en la Ciudad de México e incluido en los cursos nacionales de Carrera Magisterial. Representó un logro importante en mi vida profesional, y después de esto refrendé que para mí la labor docente era muy gratificante, alentadora e importante.

Actualmente mi función profesional es de jefa de Enseñanza de Formación Cívica y Ética, cargo que desempeñé por primera vez en 1990, en el área de Ciencias Sociales, durante un breve periodo; tenía 24 años cuando se iniciaban las jefaturas en el estado. Nuevamente me incorporé en el 2002 y han transcurrido 15 años de gratas experiencias al lado de un equipo de compañeros de amplio bagaje cultural y pedagógico.

Siguiendo con esta narrativa, he tenido la gran dicha de trabajar en diferentes posgrados, entre ellos el del Centro de Investigación y Docencia (CID), donde logró acrecentar mi identidad como docente al estudiar y convivir con un colectivo tan comprometido y preparado. Fue pieza clave para mi superación y desarrollo profesional, porque conviví y aprendí de la Dra. Argelia Avila, Dr. David Arzola, Lic. Verónica Lerma, C. Xóchitl Ruiz, Mtra. Blanquita Hinojos, Dra. Martha Silvia Domínguez, Mtra. Rosa Isela Romero y don Ciri, entre

otros destacados compañeros. Fue en aquel entonces cuando decidí estudiar mi Doctorado en Educación, porque ese ambiente laboral educativo propició en mí esa acción de crecimiento.

En mi doctorado, la experiencia fue ampliamente satisfactoria y enriquecedora. Haber tenido como asesor al del Dr. Arturo Guzmán Arredondo marcó sustancialmente mi vida profesional, ya que con su ejemplo de combinar la sencillez, sabiduría y magistral manera de dar la clase me hizo motivarme a continuar esforzándome en ser mejor. Él me enseñó a entender la premisa de que “el alumno es lo más importante en nuestro quehacer; no les demos qué tanto sabemos; no acaparemos la clase; logremos que ellos participen y aprendan más de lo que nosotros les enseñemos”; además que ser disciplinados con nuestra planeación y ejecución nos lleva al buen logro, que no hay solo horas de clase sino horas de entrega antes de iniciar un curso y horas posteriores. El Dr. Guzmán me inspiró mucho al ver su pasión por la educación, en especial por la docencia.

En el 2015 me titulé con la tesis doctoral “La formación cívica y ética en el marco de la reforma”. Este proceso de investigación educativa reveló en mí las grandes carencias que existían en mi práctica profesional. Aprendí a sistematizar más mis logros y dificultades, a entender que el constructo de la identidad profesional y de desarrollo se conforma en, con y para un contexto específico en un espacio temporal definido y continuo a la vez; que mis creencias y convicciones se ven siempre inmersas en ese interactuar con los demás; que al observar los procesos educativos debo definir primero qué quiero conocer de ese proceso, a reflexionar permanentemente sobre lo que hago y pienso cuando realizo esa labor.

En el trascurso de ese trabajo de investigación educativa recuerdo que Carol, mi bella hija, cursaba su educación secundaria, y en la materia de formación cívica y ética precisamente desarrolló un plan de vida que hoy –como mamá y docente– orgullosamente le reconozco, porque lo ha ido alcanzando poco a poco. Aquello que a su corta edad era una tarea escolar, hoy es su estilo de vida. Mis respetos a sus excelentes maestros que lograron enseñarle esos saberes para la vida.

Mis otros queridos posgrados y universidades en los que he colaborado, y a quienes les manifiesto mi amplio agradecimiento por aportar mucho a mi trayectoria, son el Instituto Interdisciplinario de Estudios Organizacionales (INEED), el Colegio Nueva Vizcaya, la Universidad de Durango, la Universidad Tecnológica de Chihuahua, el Tecnológico de Chihuahua, Veterinaria Educación Profesional y UNIVER.

Actualmente tengo el beneplácito de pertenecer a la planta docente del posgrado de la Escuela Normal Superior de Chihuahua, institución que brinda

a sus alumnos la posibilidad de desarrollarse en su profesión. Este escrito es parte de uno de los procesos denominado “actividad integradora”, en la cual el alumno y docente –en esta ocasión– narramos nuestra vida y recuperamos una retrospectiva a la luz de la reflexión presente con compromiso hacia el futuro.

Schön (1992) considera la cuestión del conocimiento profesional como punto de partida, la competencia y el arte como parte de la práctica efectiva, enfatizando siempre la reflexión en la acción. Muchas han sido las dificultades en este caminar en la vida magisterial, pero con júbilo expreso que han sido más las satisfacciones y bendiciones.

Les he relatado, estimados lectores, de manera suscita una visión de mí desde mi propia perspectiva. La identidad la sustenté desde lo que Biesta (citado por Trejo, 2014) define como *agencia*: una habilidad para ejercer control sobre nuestra vida. Desde mis contextos, creencias y vivencias fundamenté gran parte de mis acciones pasadas y presentes en mis trayectos formativos, porque soy lo que aprendí, lo que hice, lo que conviví, lo que pensé y seré indudablemente el resultado de cada decisión que tome.

En el pasado me esforcé, en el presente reflexiono y en el futuro esperaré con toda el alma cumplir mi más preciado anhelo profesional: ser mejor maestra cada vez.

Referencias

- FREIRE, P. (2012). *Pedagogía de la indignación. Cartas pedagógicas en un mundo revuelto*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- CONNELLY, F.M. y CLANDININ, D.J. (1988). *Teachers as curriculum planners: Narratives of experience*. Nueva York, Estados Unidos: Teachers College Press.
- GIMENO, S. (1991). *Currículum y reflexión de la práctica*. Madrid, España.
- GUZMÁN ARREDONDO, A. (2009). *Fases y operaciones metodológicas en la investigación educativa*. Durango, México: Asociación de Investigadores en Ciencias de la Educación.
- TREJO, N. y MORA, A. (2014). Narrativas autobiográficas de profesores de lengua inglesa. Una mirada a la formación de su identidad profesional. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 19(63).
- Schön, D. (1992). *La formación de profesionales reflexivos*. Barcelona, España: Paidós.